

LIBRO I

—

EGIPTO

CAPILLA ALFONSINA

## CAPITULO I

# NÁPOLES

---

Diciembre 25 de 71.

**H**ÉME aquí en el famoso puerto de la Campania, magnífica ciudad á cuyos piés se agita el azul Mediterráneo, bajo la eterna contemplacion del humeante Vesubio. Estoy en la orilla de la Europa y al borde de la mar, próximo á dejar la tierra y á surcar las aguas. Aquí me embarcaré para caminar á Oriente, y prepararé mi esclavina y mi báculo de peregrino.

No puedo dispensarme de permanecer algunos dias en este puerto encantado, que los griegos decian fundado por una sirena. Me seduce esta ciudad clásica donde todo convida al solaz y á los placeres. La mano de Dios embelleció estos sitios con solícito esmero, y dió al cielo, á la tierra y al mar, los toques brillantes de su pincel sublime; de suerte que el hombre en medio de este grandioso escenario, no puede hacer mas que admirar, gozar, y bendecir el nombre del Autor de todas las hermosuras. Nada hace falta aquí: el cielo está siempre azul; la mar tranquila; las campiñas sonrientes y cubiertas de flores y frutos. El corazon se ensancha en un bienestar inefable, y siente la necesidad de pasar la vida en un contemplativo reposo.

CAPITULO I  
NÁPOLES  
DICIEMBRE 25 DE 71.

«Vedere Napoli e poi morire;» ver Nápoles y despues morir; sí, es necesario conocer Nápoles para tener idea de la belleza aquí en la tierra, y para comprender cuánta felicidad se encuentra en la contemplacion de las hermosuras de la naturaleza. Esta luz, esta atmósfera, estos efluvios penetran hasta el corazon mismo, y llenan tambien el sér propio del inmenso encanto que parece elevarse de la tierra y el mar, y rodar en luminosos torbellinos por el espacio. Todo es claridad, amor y delicia en este pequeño paraiso; no hay punto opaco en medio de este piélagos de refulgencia, y hasta los corazones que padecen se convierten en espejos de cuadro tan luminoso y alegre.

¿Qué puede compararse á la dicha de mirar este manso golfo de aguas de color de zafiro, cuyas ondas juguetonas se levantan con blando rumor para venir á lamer las arenas de oro de las sonrientes playas? Al sur, y al extremo del golfo, está el Vesubio vomitando columnas de humo, cubierto de verdura en sus faldas y albergando en los enormes pliegues de sus fértiles laderas, innumerables aldeas suspendidas entre el fuego del tremendo cráter y los abismos marinos. Al norte está una montaña pintoresca en cuya cumbre se levanta la mole imponente del antiguo castillo de San Telmo. Al frente se extiende el Mediterráneo encerrado aquí en una hermosa ensenada que va á terminar en el promontorio Campanella, hácia un extremo, y en el cabo Miseno hácia el otro; en tanto que las islas de Ischia y Capri parecen velar apostadas á la entrada del golfo.

Cuando el sol derrama su luz sobre este panorama, el rasgo mas ligero contribuye á realzar el magnífico efecto del conjunto; los rayos espléndidos del sol, que caen del cielo como una bendicion de Dios, parecen hacer estremecerse de júbilo aquel inmenso cuadro. Nada mas bello que el puerto mirado de noche. Cuando sopla el norte y se levantan las olas furiosas, y está el cielo cubierto de nubes, es majestuoso el golfo á la luz de los relámpagos; el Vesubio y San Telmo parecen palidecer de terror al estruendo de la tempestad, mientras las aguas espumantes y agitadas del mar, que azotan las playas,

se diría que amenazan con salirse de su lecho y lanzarse sobre la tierra. Cuando por el contrario hay buen tiempo, parece la bahía un inmenso espejo, donde se retratan las luces innumerables de la ciudad, que se asienta en anfiteatro á sus bordes. Los buques anclados á poca distancia de la orilla, tienen el aspecto de habitaciones fantásticas, con las luces rojizas de sus linternillas colocadas en la popa y su enorme masa silenciosa y oscura. Mil barcas cruzan en todos sentidos las aguas, haciéndolas sonar con el ruido de los remos, en tanto que los barqueros entonan canciones al compás de las aguas. En el muelle al borde del mar, ó en la ancha calle de Santa Lucía, los hombres y las mujeres del pueblo bailan la nacional «tarantella,» y la multitud se agrupa en derredor de ellos, aplaudiendo y formando alegre gritería.

En estas noches hermosísimas se recuerda á Lamartine, se comprende su poesía, y se echa de menos una Graziella que nos diga:

..... « Pourquoi  
 Tout brille - t - il ainsi dans les airs et dans moi ?  
 Jamais ces champs d'azur semés de tant de flammes,  
 Jamais ces sables d'or où vont mourir les lames,  
 Ces monts dont les sommets tremblent au fond des cieux,  
 Ces golfes couronnés de bois silencieux,  
 Ces lieux sur la côte et ces chants sur les vagues,  
 N'avaient ému mes sens de voluptés si vagues !  
 Pourquoi comme ce soir n'ai - je jamais rêvé ?  
 Un astre dans mon cœur s'est - il aussi levé ?  
 Et toi, fils du matin, dis à ces nuits si belles  
 Les nuits de ton pays sans mois ressemblaient - elles ? »

Si, en esas noches felices de contemplacion y de éxtasis, se desarrollan repentinamente en el corazon todos los gérmenes de sentimiento que allí se abrigan ignorados; las melancolías latentes del alma elevan manso rumor en el pecho, llenándolo de dulce angustia, anhelo del bien que no se ha gozado, y recuerdo del bien que se ha perdido. Aquel panorama de inmensa paz y de tranquila alegría, parece ser la evocacion de todas las dichas del pasado y el cuadro apocalíptico de las felicidades del porvenir.